

¿Panhipo... qué?

Por Marian Barrantes, Madrid

“Voy a encender la sirena, hay bastante tráfico”, nos dijo el conductor de la ambulancia. En plena hora punta cruzábamos Madrid de camino al Hospital Quirón en Pozuelo de Alarcón, trasladada desde otro hospital del centro de la capital. La cara de mi madre lo decía todo. Yo estaba algo aturdida, pero en su mirada estaban aquellas palabras: ¿Qué le pasa a mi hija?

Cuando llegamos al hospital me metieron en los boxes de urgencias y allí me hicieron varias preguntas, pero la respuesta era siempre la misma: *“No sé qué me pasa. Creo que he tenido meningitis, pero de golpe pierdo el conocimiento y acabo en la UCI”*. Después de un rato me subieron a la habitación. Allí ya estaban Iván, mi marido, y mis padres. Nos dijeron que en breve llegaría el doctor a vernos y así fue.



“Buenos días, soy Javier Pardo. Me han pasado tu caso, pero quiero que me cuentes cómo ha sucedido todo”. Era momento de hacer memoria, o por lo menos de intentarlo, porque de muchas cosas yo no fui consciente, pero aquel médico nos dijo que cualquier detalle podía ser importante. Se sentó a mi lado, de eso sí me acuerdo. Fue un detalle pequeño al que nadie seguramente dio importancia, pero consiguió que por un momento me sintiera bien. Y allí tumbada en la cama le conté cómo pasó todo.

“Empecé hace más de un mes con un fuerte catarro y dolor de cuello, pero con paracetamol y relajantes musculares algunas cosas no se solucionan. La fiebre seguía subiendo y después de unos días en la cama acabamos en urgencias con casi cuarenta de fiebre. Después de estar varias horas en observación decidieron dejarme ingresada.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, perdí el conocimiento. Empezaron a hacerme pruebas, pero no sabían qué pasaba. Por la noche me ingresaron en la UCI, donde desperté varios días después. Estuve mejor uno o dos días, pero la fiebre no bajaba y después de algún que otro ataque epiléptico, volví a perder la consciencia y acabé otra vez en la UCI”.

“Has tenido meningitis”, me dijo Iván cuando desperté. La verdad es que pensamos que todo había pasado ya, pero no. Los días



pasaban en el otro hospital, pero no mejoraba y nadie nos decía qué me pasaba, qué tenía o por qué los medicamentos que te dan para la meningitis y que te hacen llorar rosa no funcionan. Me dijeron que me cambiaban de hospital, pero no todos querían aceptar mi caso. Creo que me han hecho resonancias magnéticas, electros, punciones lumbares, análisis..., pero no sabían qué tenía y me han trasladado a este hospital. Y aquí estoy. Sigo con fiebre, no oigo bien, veo manchitas negras, tengo mareos y no sé si voy a terminar en la UCI una vez más”.

El doctor Pardo, Pardo desde aquel día, nos escuchó durante más de una hora. Lógicamente Iván y mis padres aportaban más información que yo, que sólo me acordaba de la última conversación que había tenido y de cuando desperté en la UCI.

Entonces, el doctor dijo: *“Muy bien, pues vamos a repetirte muchas pruebas y haremos algunas nuevas para ir descartando opciones, empezaremos con una punción lumbar. Salid de la habitación que vamos a prepararos ahora mismo”*. Y así fue. A este médico le gusta la “caña”, empieza fuerte, pensé, pero tampoco tuve mucho tiempo porque enseguida vino con más gente, me dijo que me pusiera de lado y... un pinchacito más.

En cuanto tuvo los resultados, vino a vernos a la habitación. Efectivamente había tenido meningitis, pero sospechaba que



no era meningitis bacteriana. Aún no sabía qué me pasaba, y fue sincero desde el primer momento, pero su interés por descubrirlo estaba bastante claro. Casi no daba tiempo a que hiciéramos preguntas, su implicación se notaba en su forma de trabajar y nos daba toda clase de explicaciones. *“Hay que probar con un medicamento que si conseguimos que baje la fiebre, nos dirá que es otro tipo de meningitis. Además tienen que verte el oftalmólogo, el otorrino, debemos repetirte análisis, resonancias y electros”*.

Yo seguía encontrándome mal, pero recuerdo mirar a Iván y a mis padres y ver algo de tranquilidad en ellos. No sabían qué me pasaba, pero por lo menos en el hospital estaban haciendo todo lo posible por descubrirlo. Empecé con el medicamento que Pardo había dicho y en unos días la fiebre bajó.

“Por ahí viene Pardo”, decía mi padre. Su forma de andar era inconfundible para él, le oía desde la habitación cuando se acercaba por el pasillo. *“Qué nos dirá hoy...”*. *“Muy bien, la fiebre ha bajado, así que tenemos una meningitis inflamatoria. Ahora hay que encontrar qué es lo que tienes inflamado”*. Jejeje, a mí también me gusta la “caña”, no me puedo conformar con una meningitis normalita, lo tengo que complicar un poco.



Pardo venía a vernos a primera hora de la mañana todos los días, preguntaba cómo estaba, me contaba las pruebas que me haría ese día y nos informaba de los resultados de las anteriores pruebas. Una mañana, después de darnos el “parte diario” y de acabar hablando un poco de música con él -por suerte para Iván y para mí coincidimos en los gustos musicales-, salió de la habitación, pero a los cinco minutos volvió para llevarse mi desayuno. *“¡No desayunes!, me han llamado y podemos hacerte ahora mismo un ecocardiograma. Hay que descartar si la manchita que hemos visto es lo que está inflamado”*.

No obstante, después de la prueba el doctor se sentó con Iván y con mi padre, y las noticias no fueron buenas... Todos esperaban unos resultados que no fueron los obtenidos. La prueba no confirmaba la inflamación y aquella manchita era algo que yo tenía de nacimiento. No era nada malo, pero no era lo que buscaban. Creo que cualquier persona se imaginará el momento de desilusión y preocupación después de la noticia, pero eso no es relevante. Hoy, es mejor recordar cómo toda mi familia, hermanas, cuñados, suegros, padres e Iván estaban pendientes de la siguiente actuación de Pardo. Todos sabíamos que no iba a parar. Algo se le ocurriría. Recuerdo esa sensación, era rara, muy rara, cómo podía sentirme tranquila ante esa situación. Tarde o temprano Pardo descubriría qué me pasaba.



Él seguía investigando y yo cada día me encontraba mejor. Con el medicamento inicial la fiebre estaba bastante controlada y los mareos habían desaparecido. De esos días recuerdo muchas cosas... Las visitas de la familia y de los amigos, la primera vez que me levanté a darme una ducha con “agua calentita”, el zumo de naranja del desayuno, las conversaciones de música... Supongo que decirlo será muy tópico, pero creo que debo hacerlo: *“qué cierto es eso de apreciar las cosas más pequeñas de la vida”*.

Exactamente no sé cómo pasó. Un día Pardo entró en la habitación y nos dijo que ya sabía qué había pasado. Tenía la hipófisis inflamada y estaba en contacto con una endocrina para llevar entre los dos mi caso. *“¿Hipófisis?, eso está en el cerebro, ¿no? Cerca del cerebelo. Algo recuerdo de cuando estudié la carrera, pero ¿qué tiene que ver una endocrina? ¿Ha dicho hipófisis?, creo que no me he enterado de nada”*. En esos momentos mi mente no era capaz de avanzar, todo era un gran signo de interrogación.

“Hola Marian, ¿Qué tal estas hoy? Te presento a la doctora Amparo Marco”. Pardo había entrado en la habitación acompañado de la endocrina. Amparo tenía una mirada serena y no dejaba de sonreír, aquello me gustó. Entre los dos nos explicaron que la hipófisis es como el cerebro de todas las hormonas del cuerpo y que la tenía inflamada. De ahí todo



el descontrol que había sufrido mi cuerpo. Al inflamarse la hipófisis, se inflamaron las meninges y todo lo que estaba a su alrededor como, por ejemplo, el nervio óptico, de ahí las manchitas negras. *“Ahora bien, hay que controlar por qué la tienes inflamada, así que te haremos unas pruebas para ver qué pasa con tus hormonas”*. En unos minutos llegaron las enfermeras para hacerme análisis. Los doctores son iguales, pensé, ahora seguro que me curo.

Iván siempre me cuenta que lo que más le marcó a él fue esa sensación de que no se detenían ante nada, ese nervio por ver qué me pasaba. Los dos lo tenían y los dos lo sacaron conmigo.

“¿¿PANHIPO... QUÉ???” “Panhipopituitarismo secundario a Hipofisitis Linfocitaria”, me dijo Amparo. A mí me dio la risa, “del que sólo hay tres casos documentados en el mundo”. “Sí, tu cuerpo no genera dos hormonas necesarias para vivir y has aguantado hasta que tu hipófisis ha dicho ya basta, pero tiene tratamiento. Empezaremos ya mismo con él y verás cómo mejoras”.

Y así fue. Amparo puso en marcha el nuevo tratamiento y poco a poco fui mejorando. Todos los días se pasaba a verme, controlaba la medicación, la tensión, la fiebre... y se lo comunicaba a Pardo, que hacía lo mismo con ella. Uno de los mejores días fue cuando Amparo me dijo que me quita-



rían las vías por donde me administraban todos los medicamentos y que empezaría a tomarlos en pastillas. Su cara sonreía más de lo habitual, pero creo que en aquel momento mi sonrisa era más grande. No me levanté y la di un besote porque todavía tenía muchos cables y tubitos. Recuerdo cómo me explicó el tema de llevar la medicación y de que poco a poco mi cuerpo se iría recuperando.

Los días pasaban y mi mejoría era notoria. Ya salía a dar paseos por el pasillo y hablaba con las enfermeras, que tantas veces habían ido a verme a la habitación. La chica que me hacía los electros, que coincidía que siempre era la misma, se alegraba cuando le decía que me encontraba cada día mejor y que Pardo y Amparo habían encontrado lo que me pasaba. Incluso un día vino a verme el jefe del equipo de neurología, el doctor Rafael Arroyo, al cual volví a ver unos días más tarde, durante un electro. Pardo y su jefe entraron en la sala y empezaron a hablar. Yo estaba muy quieta con todos esos cables en la cabeza y pendiente de las luces que te ponen, pero he de reconocer que tenía la oreja puesta en lo que hablaban. Cuando acabaron de hacerme la prueba me dijeron que la inflamación había bajado y que los resultados que estaban viendo en ese electro eran muy buenos.

Creo que ese mismo día Amparo y Pardo vinieron a la habitación y nos dijeron que si todo seguía así, en unos días me



darían el alta. Una noche, mientras Iván hacía un informe para el trabajo desde el portátil, pensé en todo lo que había pasado. *“Todo empezó por lo que parecía un simple catarro y acabé ingresada en la UCI de un hospital del centro de Madrid. Tuve crisis epilépticas, pérdida de la capacidad de hablar, fiebre alta, pérdida de la consciencia una y otra vez, y todo con una inseguridad y un temor enormes... porque la única respuesta que me daban en el primer hospital era que había que esperar para ver cómo evolucionaba. Después, la decisión de cambiar de hospital porque me daban por perdida, ya que no sabían qué me pasaba después de casi un mes y además... no todos los hospitales querían aceptar mi caso. La llegada a Quirón, la incertidumbre de si nos ayudarían aquí, conocer a Pardo y a Amparo, la cantidad de pruebas, descartar esto o lo otro. Y al final dos hormonas graciosillas culpables de todo este lío. Lío entre comillas, porque poca gente puede celebrar dos veces su cumpleaños. El 29 de mayo me dieron el alta y ese día siempre hago algo especial. Salí del hospital con la música del “Live After Death” (Vida después de la muerte) de los Maiden en la cabeza y recordando cómo había entrado en él. La mirada de mi madre había cambiado, Iván y mi padre estaban felices, y mis hermanas, cuñados y suegros no paraban de llamar por teléfono para confirmar que todo estaba bien y que me volvía a casita a descansar. Estaba tranquila y veía la calle, hacía calor... qué sensación más agradable.”*



Después de casi tres años mi cuerpo sigue sin generar por sí solo esas hormonas, pero me tomo mis pastillas diarias y el asunto está controlado. Gracias a Pardo y a Amparo puedo disfrutar de los conciertos de música, de un viaje en coche aunque sea a Segovia, que está aquí al lado, de los zumos de naranja y los bocatas de jamón, de leer el libro de *Los Ramones* que me regalaron, de ir a trabajar con mis niños autistas, mis peques, de una buena comida con toda mi familia, de mi sobrino recién nacido... Qué sensación más agradable. Esto debe ser lo que llaman ser feliz.

